

El desgraciado monarca solo pidió la muerte como única gracia al vencedor.

Estos sucesos celebraban cada año con gran pompa el cabildo y la ciudad de México, y á uno de esos aniversarios vamos á asistir en nuestra historia.

Mientras que el Indiano hablaba con Doña Marina, comenzaban las ceremonias y festividades de la víspera del paseo; es decir, era la tarde del 12 de Agosto.

Don Enrique guardó la carta que acabara de recibir de manos del negrillo, y profundamente preocupado, se dirigió por las calles de Tacuba, dando vuelta á la izquierda, hasta desembocar en las del nuevo monasterio de San Francisco.

Toda la calle, desde la puerta del palacio de los Vireyes hasta la esquina de San Francisco, y desde allí hasta la de San Hipólito, estaba completamente llena de gente que esperaba el *Pendon* de Cortés, que se iba á depositar aquel día á la última de estas iglesias, para pasearlo en triunfo á la mañana siguiente y llevarlo á las casas consistoriales.

Por todas las calles que debia recorrer la procesion, habia arcos, enramadas, cortinas y adornos en las puertas, en las ventanas y en las azoteas.

Don Enrique, iba de tal manera preocupado, que nada advertia, ni nada llamaba su atencion.

Los miembros de la noble familia de Torre-Leal tenian casi una obligacion de formar parte de la comitiva que acompañaba al alférez real, que conducia, seguido del virey, de la audiencia, del ayuntamiento y de las corporaciones, el *Pendon*, y Don Enrique estaba dispuesto á concurrir, pero la carta que acababa de leer le habia contrariado de tal manera, que no pensó siquiera en asistir á la solemnidad: confundido entre el gentío miró pasar la procesion, y casi

V.

El Pendon.

EL 13 de Agosto de 1521, despues de setenta y cinco dias de asedio, cayó en poder de los españoles la capital del poderoso imperio Mexicano, y Hernan Cortés realizó la conquista de un inmenso, poblado y rico territorio, coronando el éxito mas favorable la empresa mas atrevida, y quizá la menos meditada, pero sin duda la mas hábil y valerosamente ejecutada de cuantas registra la historia desde los fabulosos tiempos de los semi-dioses.

Guatimotzin, que defendia con el valor y la constancia de un héroe la capital de su imperio, quiso salvarse de la cautividad para seguir la guerra, y por donde despues se fundó el convento del Cármen, salió en una canoa, seguido de su familia, de algunos nobles, y de los reyes de Tacuba y Aculhuacan; pero fué alcanzado y hecho prisionero por el bergantín que mandaba García de Holguin.

maquinalmente caminó con la multitud, que formó una cauda inmensa á la comitiva.

Llegaron á la iglesia de San Hipólito, en donde se depositaba el Pendon, por ser este santo patron de México, en razon de haberse tomado la ciudad en su dia; se cantaron allí unas vísperas solemnes, y luego se disolvió aquella muchedumbre, en medio ya de la oscuridad de la noche.

Don Enrique distraidamente habíase quedado separado de sus amigos, y así regresaba por las calles de San Francisco, cuando una vieja le detuvo misteriosamente.

—¿Sois el caballero Don Enrique Ruiz de Mendilueta?— le preguntó.

—El mismo, señora—contestó Don Enrique.

—Tomad.

—¿Qué me dais?

—Ya lo vereis, una esquela.

—¿De parte de quién?

—Las letras lo dirán. Adios.

—Oid; decidme.....

—Nada mas tengo que agregar, adios.

Y la vieja se perdió entre la gente.

Don Enrique pudo ser conocido por la vieja, merced á la multitud de faroles y hachas de cera y de brea que habia en las ventanas, balcones y azoteas, con motivo de la solemnidad; pero para leer la esquela, aquella no era luz suficiente, y tuvo necesidad de acercarse á una de las hogueras que ardian en medio de la calle.

La esquela no tenia en el sobre ni armas, ni cifras, ni nada absolutamente que indicara de la persona que la dirigia.

Don Enrique la abrió y leyó:

«DON ENRIQUE:

«Si el amor propio no me engaña, creo que soy bella, noble y discreta; podreis juzgar en parte de estas cualidades mañana cuando paseis con la cabalgata por la calle de Tacuba; mi casa queda entonces para vos del lado de vuestro corazon.

«Si me encontráis bella, quizá se realice lo que es hoy para mí una ilusion encantadora.

«No quiero deciros mas.»

Y la carta no llevaba firma. Don Enrique la leyó varias veces, queriendo adivinar algo mas de lo que decian aquellos pocos renglones, y no entendia mas sino que una dama deseaba que la viese; pero no contenia ni siquiera una declaracion formal de amor.

Don Enrique se quedó pensando, con la esquela en la mano, qué podria ser aquello, y si debia tomarlo seriamente ó por una burla.

Por mas humilde que sea un hombre, una carta así de una mujer, y sobre todo, de una dama desconocida, le causa un cierto movimiento de orgullo, que le preocupa y que dificilmente puede contener.

—Iré á ver á esa dama—dijo Don Enrique, guardándose la esquela;—será bella, y sobre todo, disipará esta aventura extraña esa sombría nube de tristeza que ha caido sobre mi frente con la carta de Ana.

Y embozándose en su ferreruelo, se dirigió apresuradamente para su casa.

Amaneció el 13 de Agosto, dia de San Hipólito, y desde muy temprano reinó en la ciudad la mayor animacion: en esta mañana, la comitiva que conducia el Pendon debia pa-

sar por las calles de Tacuba, dar vuelta por enfrente de las casas del marqués del Valle, que hoy se llama calle del Empedradillo, y luego á las casas consistoriales.

Por todas aquellas calles se veían, como en las de San Francisco, arcos y cortinas, desplegándose un fausto y una ostentacion de riqueza que en estos tiempos parecerían fabulosos.

Los arcos estaban formados de mantones y pañolones chinos, de bordados de seda de vivísimos colores; las cortinas de los balcones eran de brocado, y lucían en inmensos aparadores las vajillas de oro y de plata.

La gente se agrupaba en las aceras y llegaba casi hasta la mitad de la calle, y multitud de damas hermosísimas lucían en los balcones sus galas, sus alhajas y la belleza de sus rostros.

Sobre un soberbio potro negro como la noche, con los ojos ardientes y que pafaba de orgullo, con toda esa altivez que siente un jinete que oprime los lomos de un buen caballo, se presentó frente á San Hipólito, seguido de una espléndida cabalgata, en la que todos montaban caballos negros, Don Enrique Ruiz de Mendilueta.

La silla y la brida del jóven eran de las que se llamaban de corte, adornadas de oro.

Toda la cuadrilla que le seguía vestía traje semejante al suyo, calzones de escudero y ropilla color de violeta, acuchilladas de blanco, medias calzas de venado con espuelas de oro, sombrero de anchas alas con pluma blanca, y talarbarte bordado con espada de corte.

Al mismo tiempo que Don Enrique llegaba á San Hipólito, desembocaba por otro lado otra cuadrilla que montaba caballos blancos, y vestía trages encarnados con acuchillados blancos, y plumas rojas en el sombrero.

A la cabeza de esta cuadrilla caminaba el Indiano sobre un fogosísimo caballo, blanco también, que llevaba la montura cubierta con una gran piel de tigre: todos los que le seguían llevaban pieles semejantes en sus monturas.

Las dos cuadrillas se colocaron una al lado de otra, y los capitanes se hicieron con la cabeza un saludo tan ligero, que no habría podido conocerse sin la oscilacion de las plumas; pero pudo advertirse que los dos caballos que montaban los jefes se movieron con violencia, lo que probaba que habían sentido alguna contraccion nerviosa en el brazo que regia las bridas, y que las espuelas de los jinetes habían tocado sus flancos.

Organizóse la marcha de la procesion; todos iban á caballo: el alférez real tomó en sus manos el Pendon del conquistador, colocáronse á sus lados el virey, los oidores, los alcaldes y todas las autoridades y funcionarios, y siguieron los gremios y las corporaciones.

Había llegado el momento de que tomaran su colocacion las cuadrillas de los jóvenes caballeros.

El lugar de preferencia entonces, como en todos los casos semejantes, era el mas inmediato á las primeras autoridades; de manera que la mayor distincion era ir delante, como en otras veces lo es ir atrás.

Así lo comprendieron sin duda las dos cuadrillas, porque apenas acabaron de pasar las corporaciones, cuando las dos se lanzaron violentamente sin consideracion de ninguna especie, á ocupar el lugar.

Como era natural, hubo un punto en el que ambas se encontraron, y como ninguna de ellas quería ceder, resultó un choque semejante al de un combate ó de un torneo.

De uno y otro lado rodaron por tierra algunos jinetes y cayeron algunos caballos; los que quedaron firmes sobre

los estribos mas se indignaron, y metiendo mano á los estoques, arremetieron los unos contra los otros, conociéndose los enemigos por los colores de los caballos, de las ropas y de las plumas.

Como es de suponerse, Don Diego y Don Enrique se buscaron inmediatamente; además del antiguo rencor que ardia en sus pechos, se creian en obligacion de pelear cada uno de ellos con el capitan de la cabalgata enemiga; pero el tumulto era tan grande y tan densa la nube de polvo que se levantaba, que casi les fué imposible el hallarse.

Crecian el tumulto y los gritos de combatientes y espectadores, encendíase mas y mas la refriega, brillaban entre el polvo y á la luz del sol de la mañana los aceros, y alzaban un pavoroso rumor las pisadas de tantos caballos en movimiento.

Huian los pacíficos por todas las calles; la comitiva se detuvo, y se escucharon aquellas palabras terribles que en todo caso surtian un efecto prodigioso:

—¡Ténganse á Su Majestad! ¡ténganse á la justicia! ¡Favor al rey! ¡favor á la justicia!

El virey mismo en persona, y seguido de muchos caballeros, alcaldes, alabarderos y gentes de justicia, llegó al lugar del combate.

—¡Ténganse al rey!

—¡Aquí está su Excelencia!

—¡Favor á Su Majestad!

gritaban alguaciles y caballeros, y repetia la gente que habia permanecido contemplando la lucha.

Apenas se oyeron estas voces, como por encanto todos los caballos quedaron sin moverse, y todos los estoques se bajaron, y todas las lenguas enmudecieron, y el polvo se disipó, y pudo verse lo que habia pasado.

Entretanto, á los gritos de «favor al rey, favor á la justicia,» una multitud de gente armada se habia reunido en derredor del virey.

Afortunadamente pocas y muy leves habian sido las heridas que de aquel lance resultaron.

Armados todos aquellos caballeros con espadines cortos, apenas habian podido tocarse, y solo algunos sacaron rasgadas las ropillas, y en el cuerpo piquetes de tan poca consideracion, que era difícil distinguir las pequeñas manchas de sangre que aparecian en uno que otro justillo.

El virey, despues de reconvenir acremente aquella falta, en vista de que no habia desgracia que lamentar, en consideracion á que todo se habia producido por la exaltacion, en honra de S. M., y atendiendo á la grandeza del dia, perdonó aquel desórden, y para cortarlo definitivamente sin ofensa de nadie, acordó que marchasen las dos cuadrillas mezcladas, caminando ambos á dos por delante los belicosos capitanes.

Aparentemente todo quedó tranquilo, y Don Enrique y el Indiano, cediéndose con la mayor urbanidad el lado de la espada, se pusieron en marcha, devorando sus corazones el rencor y el deseo de la venganza. Por lo demás, como entre el resto de las cuadrillas no existian los mismos antecedentes, muy pronto reinó entre los caballeros la mayor cordialidad y alegría, alentados por la fingida amistad que parecia unir á los capitanes.

En los acontecimientos de la mañana Don Enrique olvidó por un momento la carta de la dama desconocida que habia recibido la víspera; pero al llegar cerca de la calle de Tacuba se acordó, y determinó fijar su atencion, esperando reconocer entre la multitud de señoras que estaban en los

balcones y ventanas, por alguna seña á la que le habia escrito.

Comenzó, pues, á examinar á todas, recordando que la esquila decia que en una casa del lado de su corazon: iba ya terminando la calle, y nada podia descubrir que le diera la mas pequeña luz.

Por fin sus ojos se detuvieron en unos balcones riquísimamente adornados y en donde no habia mas que una sola mujer; pero aquella mujer era muy bella, vestia de negro, y en su trage y en su tocado, y en sus manos y en su garganta y en sus brazos, brillaban como soles soberbios diamantes.

Aquella mujer tenia algo de fantástico, parecia la vírgen de la noche de alguna leyenda india; y aquella mujer que la gente toda se paraba á contemplar admirada, era Doña Marina.

Era Doña Marina, que miraba con indiferencia pasar á toda la comitiva.

—¡Si esta fuera!—exclamó en su interior Don Enrique, fascinado de aquella hermosura.

Doña Marina, al ver al jóven, hizo un movimiento que no se ocultó á la penetracion de éste, y dejó escapar una flor que tenia entre sus dedos.

—¡Es ella!—pensó el jóven, y lanzó su caballo hácia el pié de los balcones, para recoger la flor, que le entregó uno del pueblo que la habia alzado.

Don Diego le miró sonriéndose, y luego alzó el rostro para ver á la dama, y una mirada de inteligencia cruzó entre los dos.

Don Enrique colocó la flor en su pecho, y volvió á ocupar su lugar al lado del Indiano.

VI.

Los planes de Don Justo.

MIENTRAS esto pasaba, Don Justo no podia sosegar, meditando un plan para hacer que desapareciera Don Enrique, á fin de que quedase como heredero del título y de las riquezas de los condes de Torre-Leal el hijo de su hermana.

Don Justo miraba mucho en el porvenir; el conde era viejo y podia tardar mucho en morir: faltando Don Enrique, su sobrino seria el heredero, y entonces indudablemente Don Justo seria llamado á la administracion de todos aquellos bienes, por su misma hermana Guadalupe, y esto era para él como fijar un clavo de oro en la rueda de la fortuna.

Esto era muy sencillo; la única dificultad que se le presentaba, era encontrar un medio á propósito para deshacerse del heredero legítimo.

El carácter de Don Enrique podia presentar una ocasion